



LA HOJA de PARRA



MARCA
REGISTRADA.

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Telégrafo LIBROJA.

Apartado 547.—Teléfono 134.
Horas: de 9 mañana á 4 tard.

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth.

J. PEREZ RAMIREZ
Paisaje verde.

ALBERTO INSUA

Las afinidades electivas.

ANGEL G. LUGEA
Mujer de luna.

FEDERICO TRUJILLO
Canción villana.

MANUEL SORIANO
Llamada y tropa.

LUIS GONZALEZ
Al caer la tarde.

JOSÉ J. SANCHÍS
Cómo «cambean» los tiempos!

TOVAR, DEMETRIO
Y AFRODITA

Varios dibujos y retratos de
Carmen Flores, Las Cervantinas
Alberto Insúa y Federico
Gil Asensio.

5 céntimos

CARMEN FLORES

No decimos nada de su belleza porque está á la vista y porque se pone muy tonta. ("Es mentira" dirá ella). Cupletista de las que llenan un teatro, aunque tenga mucho aforo. Una verdadera estrella con rabo (y no lo decimos ¡ay! por nosotros). Carmen; eres una buena mujer, lo juramos con la mano puesta... donde tú quieras.



SECCION VERMOUTH

PUES Señor, mi gozo en un pozo, como dice el proverbio vulgar. Yo que pensaba intrigar en política ahora que se iba poniendo eso bueno me encuentro con que de lo dicho no hay nada y que todo fué un pinchazo en hueso.

Me quiero referir á la proposición que presentaron al Congreso, los representantes de diversos partidos proponiendo que se les señalase un sueldecito de seis mil pesetejas, por hacernos el honor á los infelices electores de representarnos en el Parlamento. En los que nos representan, que los hay, que no representan nada ni á nadie.

La combinación era de lo más socorridi-

DEL ARROYO (Mono sin chiste)



to que puede imaginarse, porque ya saben ustedes que las sesiones de Cortes no pasan de un par de docenas al año, y, por consiguiente, se proponían chupar del botón nacional en una proporción de mil reales por cada día que el Congreso funcionase, amér de viajar de gorra en los trenes, de no pagar el franqueo de su correspondencia, de nutrirse de caramelos hasta tocar las lombrices con el dedo, de tener inmunidad para decir y hacer lo que les venga en gana y de otras muchas prevenidas, que han tenido la comodidad de adjudicarse siguiendo el noble ejemplo de aquel maravilloso filósofo que se llamó Juan Palomo.

Y como con la propina de las seis mil del ala, ya era cosa de tomar en serio eso de ser padre de la Patria, he ahí por qué yo me hallaba casi á punto de sentirme electorero, y me iba á disponer sacrificarme por el bien del país, pero ahora resulta que como ese regalito ascendía á un millón y una porrada de miles de pesetas de pico, no se ha atrevido, por ahora, por el temor lógico á que les dijésemos unas enantás frescas. Lo siento por Romanones que el padre con esa ayudita ya tenía para ir tirando contra tanta miseria como hay que pasar en este pícaro mundo.

Por supuesto que aparte de este caso de necesidad apremiante, la del infortunado conde, era público y notorio que la casi totalidad de los que habían de resultar agraciados con las seis mil pensaban dedicarlas íntegramente á obsequiar á sus amiguitas íntimas para que las empleasen en alfileres, vestidos color tango y abrigos color furlana, pues como es sabido la condición de diputado requiere la de tener, por lo menos, un listo porque para algo son padres de la Patria y la condición de padre se debe probar fuera del domicilio propio, para comprobar que lo de casa no es una casualidad.

Así es que las verdaderas perjudicadas resultan ser esas deliciosas amantes de diputado, no pocas de las cuales tendrían

LOS PLACERES DEL CAMPO



El.—Ahora no me negarás, Rosite, que te pilló cazando grillos.

Ella.—¡Ay, sí; no puedo negar que me ha cegido usted con el dedo en el agujero!

ya calculado lo que iban á gastar en reponer la indumentaria de su primo carnal, pues tampoco hay querida de padre de la Patria que no tenga uno de estos parientes íntimos. Las de los senadores suelen tener muchos más primos.

Comparen ustedes esta galantería que pensaban tener la mayoría de los parlamentarios de España con la ordinariéz de que acaban de dar patente muestra los legisladores del Estado de Illinois (Yankilandia).

Estos antipáticos señores, acaban de votar, según telegrafian desde Nueva York á un diario «que no pertenece al trust» la siguiente draconiana ley de costumbres:

«Todo traje femenino destinado á una persona de más de doce años deberá ser cortado de modo que no descubra el cue-

llo sino por encima de su intersección con la clavícula.

»El llevar en público un traje confeccionado de otro modo, será considerado como un acto impúdico, grosero, indecente y destinado á provocar el vicio y la corrupción en la sociedad.

»Ninguna mujer ó jovencita deberá descubrir en público sus brazos por encima de la mitad del antebrazo, ni llevar telas transparentes, ni medias caladas, ni faldas pantalón, ni faldas abiertas por los lados.

»Las contraventoras sufrirán la pena de seis meses de cárcel.»

El telegrama añade que las mujeres de Illinois, están furiosas y celebran grandes meetings de protesta, para alzar á los hombres contra esa ley, cosa muy natural porque si se pone en vigor, á cualquier

LA MIOPÍA DE LOS MARIDOS
Ó LA REFLEXIÓN DE UNA ANDALUZA



El marido.—¡Vaya, se acabó; no aguanto más, no te tolero que mires á los hombres con ese des-
caro, porque es que te los sorbes!

Ella.—¡Vamo, Fillbertín, no demo el espec-
táculo; no tiene razón!... (Aparte). Este imbésil ó
así, tiene selo de los hombres que pasan por la
caye, y no se fija en cue su ayuda de camara qui-
ta las *tapaeras* der *sentio* de guapo que é.

hora se alzan los amigos si ellas les obli-
gan á tapárselo todo.

Esos legisladores, ó no tienen corazón ó
no tienen otra cosa. Quizá sea esto últi-
mo. Porque miren ustedes que están aho-
ra requsteapetitosas las mujeres con las
telas transparentes, las medias caladas y
las faldas abiertas. ¡Si dan ganas de co-
menzar á darles mordisquitos desde el pe-
roné hasta las regiones más recónditas, y
viceversa, de las regiones hasta el peroné.
«¡Pero né», digo, pero no sentirán la

Naturaleza esos tiranos parlamentarios de
Illinois!

¡Miren ustedes que prohibir que lleven
la falda abierta, cuando, caso de prohibi-
ción, lo que debía ordenarse es que no
llevasen falda! Sobre todo ahora que va-
mos á entrar en el verano.

Un pequeño REPORTER

Paisaje verde

(Nuestras vidas son los ríos.)

En el reino del paisaje
brillante el verde domina,
retocando la colina,
la llanada y el follaje.

Y en la mar, que allá se pierde,
y en la fuente abandonada,
y en la húmeda cascada,
verde, prevalece el verde...

Sobre la loma, de suaves
curvas, erectos los pinos
se mercean, con sus trinos
arrullándolos las aves.

Por la plácida llanada,
vaga el río sin descanso,
y se pierde en un remanço...

La fuente despatarrada
más lejos suele encontrar:
y el agua al ojo acomoda,
y la va metiendo toda,
para morir en el mar...

J. PÉREZ PAMIREZ

LAS CERVANTINAS



Notable pareja de bailes españoles, que gustó
mucho al público de Romea.

Las afinidades electivas

Pero en el caso de Manolita, como en el de Marie, había faltado ese período del amor en que los seres simpatizan, reconociéndose, buscándose, derrollando lo que llamaba Goethe las afinidades electivas... Mary había leído el *Werther* en una edición de dos reales, de Isaac, y había oído el *Fausto*, de Gounod; de suerte que la cita de Félix la invitaba —por recordarle lejanas lecturas— á soñar elevándose, á considerar la vida un instante de una manera heroica.

Félix, sin saberlo, acababa de rodearse de esa aureola de los héroes novelescos, sublimes ó ridículos según el lector ó el estado de alma del lector. Mary leía entonces en la vida de su hermano con curiosidad emocionada y con simpatía involuntaria. Quería «que la novela concluyese bien», que el protagonista dejase de bordear los escollos y entrase en el puerto de salvación... Félix le era simpático «como el pobre Werther», ó como los tenores que se despedían de la vida y del público en una romanza melancólica...

De pronto se entreveía la posibilidad de ver regenerarse al héroe por el sacrificio ó por el ideal... «Aquellas dos mujeres» habían llegado á Félix de una manera violenta, forzando el curso de su vida. Eran dos obstáculos que se atravesaban en el camino y no el oasis ó la isla encantada que se exploraban al través del desierto ó de los mares.

Basadas sobre la caridad y la idea del deber, ó sobre las necesidades físicas, las dos uniones «no eran bastantes». Cristiana y romántica la primera y crapulosa sin atenuaciones la segunda —repetía Félix, —«no eran bastantes», no absorbían al hombre en cuerpo y alma y lo dejaban «con la nostalgia del otro amor... con el anhelo de la otra vida».

Todo ser tendía á superarse, á vivir

mejor... Y esta ley biológica se cumplía asimismo en el mundo pasional... Los infortunios amorosos no eran sino el resultado de la transgresión de esa ley eterna que partía las naranjas en dos, las derramaba aquí y allá sobre la tierra y les decía: ahora hay que juntarse...

Mary sonrió. Félix, agotando los medios de convicción, recurría á las parábolas. Ya. Marie era la mitad de una de esas naranjas pálidas y de escaso jugo que no satisfacen la sed. Manolita, todo lo contrario, pertenecía á una naranja roja como el sol poniente y fluyendo el jugo á borbotones... Y Félix —¡ah los hombres!—, sin perjuicio de haber libado en la una y en la otra, tendía la vista hacia Chelito, reconociendo en ella la mitad legítima. Muy cómodo. ¡Y esto era el ideal! Pasar la vida de ensayo en ensayo, de experiencia en experiencia... ¡Cuánto orgullo en aquel ansia de acertar! También las personas, como los árboles, podían injertarse. ¿Quién le decía á Félix que ella misma, Mary, se creía la media naranja de Isaac? Pues no soñaba en buscar su mitad auténtica, sino en adaptarse en fundirse con la que le había deparado su destino. ¡Ah, pero los hom-

bres se permitían ciertos privilegios! La sonrisa dejó sitio al estupor. Félix decía púdicamente:

—Además, yo te confieso un... atavismo. A ver si me entiendes... Siento el horror del hombre, del rival... del que fué primero. Es salvaje, lo reconozco... pero es hondo, es fuerte. Se lleva en la sangre. Son cosas que no se pueden decir en un salón, pero que se hace todo lo posible por realizar en la vida. Y, en fin, ya sabes, Marie tuvo su dibujante y la otra su tramoyista... De suerte que yo... Y yo, como un buen muchacho cualquiera, deseaba tener una mujer... mía. He leído muchos libros en que este sentimiento innato que me reconozco se considera... primitivo. Y hasta he sustentado esa opinión varias veces... Tal vez el amor —porque ahora comprendo que estoy enamorado de Chelito— me ha hecho pensar en estas cosas.



Alberto Insúa

(1) Del libro *Los hombres, Mary y los personajes*, recientemente publicado por Alberto Insúa.

AL DIA SIGUIENTE



La madre (afectadísima).—¿Qué? Cuéntame, á una madre se le puede decir todo ¿sabes? todo.

La hija.—¡Ay mamá, no te puedo decir más que mi marido es un tío con toda la barba!

Todo duerme en nosotros y todo puede ser despertado ó permanecer dormido... Creíto me ha tirado de las orejas y me ha dicho: «¡Eh, tú, despierta del sopor en que vives!... Se te ha roto una cuerda y te das por muerto... Las cuerdas rotas se atan, se sustituyen». Y es verdad. as

vidas, como las guitarras, resisten parches, añadidos y composturas. Y unas buenas manos sacan de una guitarra vieja las melodías más dulces. Yo soy un inválido que no ha perdido la fe. No me la quites tú, hermanita. Déjame la ilusión de que corro á la felicidad.

Alberto INSUA

Mujer de luna

I

Un pecado de la luna
sobre los lagos serenos,
duerme en la gloriosa cuna
de tus senos.

II

La luna es una querida
pálida y espiritual...
que ha perfumado tu vida
de cristal.

III

Que por divina comedia
no tiene los labios rojos;
pues los heló la tragedia
de tus ojos.

IV

Y es frío su sortilegio
de luz, como el desencanto
místico del sacrilegio
de tu llanto.

V

Rubia princesa encantada
por la magia de un violín
di vino y por la mirada
de Arlequín.

VI

Corazón de letanía
entre un milagro de lirios;
cáliz de una alegoría
de delirios.

VII

En la ideal primavera
de tu carne floreciente,
la sangre es como una hoguera
lubrificante.



¿POR QUE NO LAS DENUNCIAN A ELLAS?

—Esta que ves, querido lector, es la mamá de la nena que presentamos en nuestro número anterior. La cogí en el solemne momento de abrocharse una liga, y fué tal la emoción que sentí, que se me desahucio sola una de las mias (por cierto que desde entonces llevo calzoncillos de cintas).

VIII

Eva de la biblia impura,
fruto apoteósico de
un cisne y una escultura
de mujer.

IX

Magnífica aparición
de crepúsculo rosado;
yo, moriría de amor
á tu lado.

X

Porque vi en el amuleto
de tu sonrisa oportuna,
el romántico secreto
de la luna.

Angel G. LUGEA

Canción villana

(CUENTO)

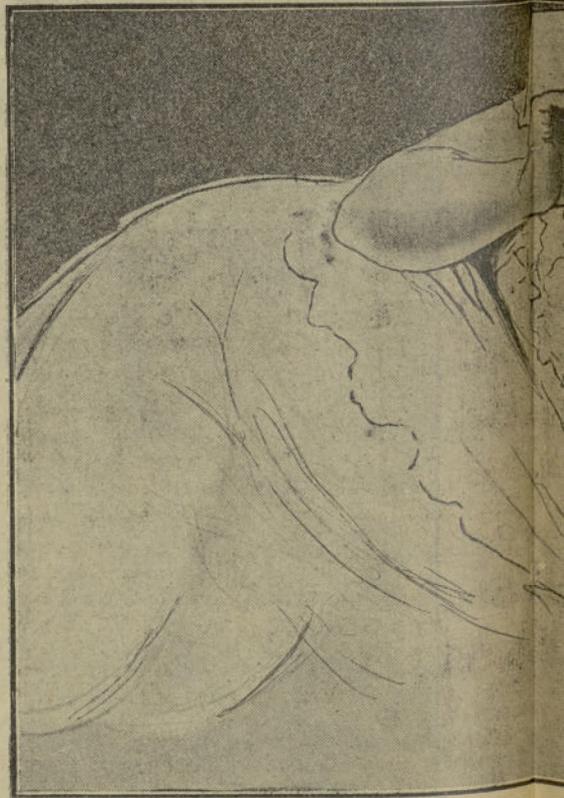
A D. Pedro de Répide,
príncipe del habla caste-
llana, con toda mi admira-
ción.

La canción brotó un día de los labios del vulgo sin saber cómo; cual una rosa silvestre entre los zarzales de un camino.

Tal dijo, que si la había compuesto un barberillo del Tomelloso, ducho en el arte de hacer versos, más en el de tocar la guitarra y maestro en toda clase de picardías. Otro aseguraba que el verdadero autor de las coplas era un tal Pero Nuño, estudiante, que de Salamanca había venido, más conocedor de la espada y de la mujer que de las Pandectas y el Digesto. Y, por último, no faltó quien diera por veraz, que el padre de la criatura fué cierto clérigo, malicioso y libertino con la pluma como el Arcipreste de Hita, y que sabía de achaques de amores tanto ó más que el alado dios Cupido. Mientras, la copla seguía cantándose muy á pesar de los bandos del corregidor de la comarca, de las predicaciones del párroco, y del veto de todas las personas morales y sesudas.

Y así decía la canción:

Cerca de Villarta
y en el Tomelloso
veréis una fembra



—¡Pícarona ya te cogí! ¿No sabes que ahí no se pica? (Ref. insecto y el daño que hace al picar... ni los hombres en proporci

con el rostro hermoso;
linda como un Mayo
y tan placentera
que sirve á quien paga
porque es mesonera.

Porque es generosa
y blanda en amores
la quieren muy graves
y ricos señores.
Por tal, magüer gríte
la moral severa,
pueden más las piernas
de la mesonera.

Aquí venía un estribillo insolente, encanto de la canalla y desesperación de santurrones.

DIE LA SEÑORA!



ica? (Reflexionando). Ay que ver; tan chiquitito como es este proporción... ¡Que horror!

Y para que sepáis, amables y queridos lectores, el origen de la *canción villana*, he de relataros el suceso que dió asunto á la *musa popular*.

Es el caso que hubo, tiempo ha, entre Villarta y el Tomelloso, sola y señera, una venta, bodegón y tablaje (1) á un tiempo, albergue de bellacos, jugadores fulleros, distraídas mozas y demás gente maleante. Durante el día frecuentaban aquel lugar arrieros y mendigos, pues tenía la venta fama de expender un vinillo alegría del corazón y tónico del estómago, y estos concurrentes eran buenos catadores. Por

la noche, llenábase de vagabundos que allí preparaban sus hurtos y engaños.

Más de una vez llamó el Santo Oficio á las puertas del mesón-mandracho, pero todo quedábase en paz al fin, por arte y *virtud*—y perdónenme esta impropiedad de la frase— de la hermosa mesonera, Clara la *Lucerilla*, sobrada de influencias, gracias á sus *gracias*, para vencer á jueces severos, romper grillos y rendir voluntades.

Era galán, cancerbero y á modo de celoso rodríguez de aquella dama un tal Alonso Lope, mozo del que decían fué de los sanos de Castilla (1) y tan pagado de su guapeza y valor que sólo sabía lucir el tallé, llevar el sombrero á la walona, la capa al desgaire y la espada con donosura y reñir con más enojo y saña que el caballero Palmerín de Oliva.

Ante tal coco y espantajo, quedóse la *Lucerilla* como solitario en desierto, sin que nadie se atreviera á recuestarla por miedo al feroz Alonso Lope, al que habían de pagar tributo como al rey sus alcaballas, pues Lope, habiendo moneda por medio, volviase blando cual la cera ante la efigie de su rey, del que se decía muy leal vasallo.

La moza al principio de aquel cortejo, sintió rabia y disgusto, pero luego terminó por idolatrar á su tirano.

Alonso Lope, cuando andaba de nones, pasábase el día en el mesón de su dulce dueña; jugando al reinado, á los cientos ó á la primera y desplumando á sus contrincantes por medio de tretas y flores y aun cuando los tahures veíanle hacer fraudillas con los naipes, no se atrevían á protestar sabidores de las artes de espada que Alonso aprendió en Florencia.

En tanto don Diego Torres de la Alameda, señor de los lugares de Villarta y del Tomelloso, y corregidor, á más de otros méritos y titulillos, andaba hociendo tras la *Lucerilla* como Apolo tras la fugitiva Dafne; y tanto anduvo y rogó y fueron tales sus dádivas y bondades, que al fin se rindió la fortaleza, no sin que antes mandara bajar el rastrillo su dueño y señor, Alonso Lope, que de aquel tesoro de hermosura, hacía afincamiento. Y así vivían, en feliz triunvirato, el anciano don Diego prisionero en la tela de araña que la mesonera le tendió; está hichizada por los donaires de Alonso, como si la hubieran dado algún bebedizo, y el galán fiel al

(1) Garite.

(2) Ladrón disimulado.

cuidado de la seductora propiedad que tenía en arrendaje.

Claro que de vez en cuando la bella *Lucerilla* admitía clandestinamente en el gobierno de la insula de su hermosura, á un cuarto, á un quinto ó hasta un sexto señor, con gran regocijo de Alonso y hartó pesar del viejo prócer.

Así las cosas ocurrió en el lugar de Villarta que el hijo de una pobre señora,

oyó que su único y fiel criado, acompañando sus frases con gruesos mojicones, decía á su hija muy furioso: —¡Zorra, más que zorra! ¿Te parecen á ti esos desvañeos cosa de gentes honradas? ¿Es el pagar el sitio propicio para recibir los cortejos? O quieres, ¡voto val ser más conocida que *Lucerilla* la mesonea del camino del Tomelloso?... Y el padre doblaba y triplicaba con ardor la ración de golpes.

Preguntado que fué el servidor por la viuda, supo ésta las aventuras de nuestra heroína y una luz de esperanza entrósele con tales noticias corazón adentro.

Aquella tarde, la barragana del corregidor, vió, á la que fué en otros tiempos gran señora, postrada á sus plebeyas plantas llorando y pidiendo la salvación del delincuente de Villarta, de tal modo y con tales extremos de dolor, que la moza hubo de llorar á cántaros y prometer su valimiento.

Y no fué sólo esto sino que lloró tanto y tan bien ante el anciano corregidor don Diego Torres de la Alameda y le hizo tales promesas de fidelidad, que el viejo logró el indulto con gran asombro de nobles y plebeyos. De este modo se vió cómo valen más, en ocasiones, la impudicia y el vicio que la virtud y la justicia. A raíz de este suceso brotó la canción villana en los labios del pueblo sin saberse hasta la fecha si fué

el barbero, el estudiante ó el abate quien zurció la copla picaresca.

Yo sólo os digo; que dentro del mal puede hacerse el bien, (aunque parezca paradójico) como lo hizo la generosa mesonera de mi relato, digna por esta acción de que su nombre se hubiera esculpido en mármoles y bronce, trocado su canción villana en plegaria mística y puesto su nombre en el santoral en calidad de mártir, porque ¡mia fe! no es mucha abnegación sacrificarse para siempre á la impudicia de un viejo, lujurioso como un macho cabrío?...

Federico TRUJILLO

LA NOVIA DEL PINTOR



El.—¡Qué manos más bonitas! ¡Qué bien cuidadas!

Ella.—Pues mira; yo no las quisiera tener ociosas, quisiera emplearlas en una ocupación útil.

El.—Pues si quisieras, me la podías...

Ella (con ansiedad).—¿Qué?

El.—Me la podías prestar como modelo para mi cuadro «*Virginitad*».

viuda de un misero hidalgo de gotera, mató en buena lid al primogénito de una casa muy principal por rencillas de amores; y, desvalido el matador de toda influencia veíase al borde del cuchillo implacable del verdugo. Acuitada la madre vino á la corte, bañado el rostro en lágrimas, á pedir clemencia y como vieses lo inútil de sus ruegos volvió á buscar auxilio á tierras de la Mancha, entre los señores amigos antaño de su difunto esposo, que prefirieron conservarse en el favor del vivo á honrar la memoria del muerto.

Desesperaba ya la pobre viuda y perdía las fuerzas en su demanda, cuando un día

Llamada y tropa

El sargento Muela y el cabo Colmillo se odiaban profundamente. ¿Causas? Ninguna que afectase á lo fundamental de la disciplina castrense, porque el cabo Colmillo era un militar modelo: limpio como los chorros del oro; obediente como un suizo; valiente como un Ciu, y en punto á cumplir con sus deberes militares, no había en todo el regimiento quien pudiese competir con él.

Pero el cabo Colmillo tenía una suerte loca en los combates amorosos; era el encanto y al propio tiempo la desesperación de todas las menajillas de la guarnición y sus cantones, y lo mismo entre las nodrizas y niñeras que acuden á diario á la Plaza de Oriente, que entre las chicas «para todo» que concurren los domingos á los bailes establecidos en los Cuatro Caminos, en la Virgen del Puerto y en la clásica Fuente de la Teja; el nombre del cabo Colmillo era pronunciado con verdadera admiración.²

La doncella de un marqués le cuidaba la ropa blanca; la cocinera de un conde, le sufragaba la alimenta-

ción; la niñera del primogénito de un duque le suministraba pródigamente el tabaco, y la planchadora de un grande de España se cuidaba de que el famoso cabo llevase siempre un par de pesetas en el bolsillo para cualquiera eventualidad cívico-militar.

Además disponía de la subvención que la sociedad de comadronas del distrito de la Inclusa le pasaba por la mucha clientela que le proporcionaba.

Esta suerte, sin precedentes desde que existe ejército, sacaba de sus casillas al sargento Muela, el cual, abusando de su autoridad, traía frito y asado al cabo Col-

millo. Le obligaba á llevar constantemente cortado el pelo con el cero; nunca le faltaba un pretexto para tenerle arrestado los días de fiesta, y en cuanto oía que Colmillo se traía entre manos alguna combinación amorosa, procuraba desbaratársela, valiéndose para ello de cualquier medio.



Federico Gil Asensio

Que ha estrenado con gran éxito en el Teatro Martín, un sainete titulado *Las mujeres de bien*. ¡Qué suerte tienes, poeta! ¡Estrenar las mujeres de bien, quedando tú como los buenos! ¡Qué suerte tienes, Federico!

llarejo de las Castañas, donde había de pernoctar.

Dos horas más tarde, cuando el sol comenzaba á declinar, el regimiento hizo su entrada en Villarejo de las Castañas, al compás de un airoso paso-doble con acompañamiento de tambores y cornetas.

El vecindario de Villarejo, que no había visto soldados jamás, recibió á la tropa con estruendosas manifestaciones de júbilo, y las campanas de la pequeña iglesia del pueblo fueron echadas á vuelo, para asociarse al entusiasmo popular.

El regimiento hizo alto en la plaza del pueblo; la música rompió á tocar el Ven y

La autoridad militar de la region dispuso que el regimiento á que pertenecían el sargento Muela y el cabo Colmillo saliese á practicar maniobras, y en cumplimiento de tal orden, el referido regimiento, en traje de campaña, emprendió la caminata por la carretera de Extremadura. Al mediar el día la fuerza acampó en las estribaciones de una montaña, y después de establecer un campamento, que era el último grito en materia de castrametación, devoró una suculenta pella confeccionada sobre el propio terreno.

Terminada la comida, y tras un breve descanso, que unos soldados aprovecharon para matar el sueño, y otros para referir chascarrillos capaces de ruborizar á un mayor de plaza, la tropa reanudó la marcha, camino de Vi-

ven..., y en tanto, el fiel de fechos hizo la equitativa distribución de los alojamientos.

Al cabo Colmillo le correspondió la casa del tío Salmonete, cuya hija única era la décima musa de todos los mozos casaderos en veinte leguas á la redonda.

El cabo Colmillo, apenas la vió, se pro-

¿Qué para qué era aquella cita en tal sitio y á tal hora? Ya supondrán ustedes que no sería para rezar el Rosario.

Pero el sargento Muela era implacable en sus odios. No se sabe por qué conducto se enteró de la cita, y llamando á su alojamiento al cabo Colmillo, le dijo éstas ó parecidas palabras:

—Esta noche, á las doce en punto, tiene usted que ir á vigilar las patrullas que prestarán servicio en la carretera de Madrid.

—Está muy bien—contestó el cabo.

—¡Ah! Y no se mueva usted de allí hasta que yo vaya, y me dé usted el parte de las novedades.

—Esta bien. A la orden de usted.



—Voy á hacerme unos retratos y no sé cómo ponerme la figura... ¡qué lástima que no esté aquí Demetrio, con tanta sal que tiene para colocarla!...

puso conquistarla, halagando sus zafios oídos con los más expresivos piropos de su repertorio. La moza, á quien si no hay inconveniente, llamaremos Tomasa, se derribó tres ó cuatro veces consecutivas, al oír que la llamaban bonita y otras cosas que nunca le habian dicho; y tal maña se dió aquel Napoleón con galones colorados, que co siguió que Tomasa le concediese una cita para las doce de aquella noche, en lo más intrincado de las eras, y por consiguiente, en las afueras del pueblo.

Media la noche. En el cielo brilla la luna clara y diáfana, derramando sus plateados rayos sobre la tierra. De vez en cuando algunas nubecillas velan el poético astro de la noche, y la sombra de la noche recobra su imperio...

La Tomasa, fiel á su promesa, acude al punto de la cita, procurando hurtarse á las curiosas miradas de los centinelas del recinto.

La hija del tío Salmonete camina presa de la mayor emoción; exhala hondos suspiros y en muchas ocasiones se ha detenido, y ha hecho ademán de retroceder ..

Camino de la era, á buen paso, y procurando también ocultarse á las miradas indiscretas, marcha un hombre: es el sargento Muela, que con pérfidas intenciones trata de suplantar á su obediente subordinado.

La moza y el sargento coinciden en el punto de la cita... Ella escucha las ardientes y apasivadas palabras del militar: él acomete con brio, con decisión, con el ímpetu propio del momento y de las circunstancias: la fortaleza flaquea, está á punto de rendirse, porque el sargento tira con la

artillería gruesa... Pero en aquel crítico momento que era el decisivo, el alarman- te toque de llamada y tropa á la carrera, suspende el contacto, ya casi establecido entre los beligerantes, y el sargento corrió como una exhalación á través de los campos, á ocupar su puesto en las filas.

Cuando la moza, triste y desolada por aquel inoportuno contratiempo, se disponía á retirarse, surgió como por ensalmo el cabo Colmillo, y seguramente nos hubiéramos enterado de todo lo que allí ocurrió, á no habérselo impedido una nube indiscreta que veló la luna durante algunos minutos...

¿Quién mandó tocar «llamada y tropa»? El jefe de la fuerza lo ignora todavía, pero si alguien se lo hubiese preguntado el cabo Colmillo es posible que éste aclarase el misterio...

Manuel SORIANO

AL CAER LA TARDE

Sentados nos hallamos frente á frente, y, al calor de la blanca chimenea, una historia de amores balbucea la beldad que yo adoro reverente...

La tarde va cayendo lentamente, la lluvia en los cristales chapotea y mi amante, gentil como Popea, me ofrece su boquita sonriente.

Contemplando las llamas ardorosas y besando su cuerpo —todo rosas— ea un estrecho abrazo nos unimos.

y hacia el lecho que amante nos espera, —templo de nuestro amor— ¡vana quimera! con presuroso andar nos dirigimos...

Luis GONZÁLEZ

.....
Lea ustea en **EL LIBRO POPULAR**

LA SEÑORITA

novela completa por

ALBERTO VALERO MARTIN

20 céntimos

EL AMOR EN BROMA

¡Cómo "cambean" los tiempos!

El señor Felicio, veterano obrero de la fábrica de ataúdes y cuerdas de bandurria que allá en lo profundo de las Peñuelas luce el triunfo hollinesco de su denodada



—¿A que no me metes en el Banco la renta de tus casas?

—¡A que te la... impongo!

chimenea, torna á la mansión de paz y guerra, vulgo hogar doméstico.

Es sábado, como lo publican los metálicos sonidos que al rozarse producen las divinas y atractivas redondeces de los *monises* que bailotean en el grasiento arcano de uno de los insondables bolsillos-sacos del pantalón. También se reconoce lo saturnal de la noche por otras pruebas inequívocas: la avanzada *horeja* del regreso á la calle del Mediodía Pequeño y el jaca-randoso tambaleito que se trae el amigo desde su emigración del tabernáculo hasta que le vemos llegar. (Nosotros estamos ahora frente á su casa).

Las reflexiones que á medio grito se hilvana, giran siempre alrededor del punto flaco de su ya cincuenta y cinco existencia: el culto á Venus, que en él supo derrotar á casi todos los demás cultos.

Distanciado del sereno, por no se sabe qué inexplicable temor... al pago de la gorda, se perfila nuestro hombre en varios

UN MIMO



Ella.—Cuenta, Morga, que tú cuando tienes á tu lado una muchachita así, con voz de ángel y cuerpo de sirena, no se te estremera más que la cartera.

El.—No hija, no, me ballotea en seguida el corazón.

Ella.—¡Ya decía yo que en alguna almendrita conservarías calor!...

tiempos, llave en mano, con el ojete de la cerradura y por fin hunde el hierro en todo lo alto, metiéndose de verdad... en el portal... cuando lo consigue.

¡Buenas noches! ¡Descansar!

Deambula Felicio por las impalpables regiones del dios Morfeo, en la parte ci-

nematográfica de sus dominios, y ¡claro es! se retrotrae á sus épocas

que alegres pasaron
y no volverán,

en que, embutido en su *airado* uniforme de herrador de Caballería, anonadaba, desde la fuente del Berro á la de la Teja, desde el Hipódromo á la Montaña, pasando varias veces por la calle de Carretas, á todas las muchedumbres femeninas que osaban arrimársele, bien en comisión de preguntarle por su pueblo, bien entregándose en sus amorosos brazos para dibujar un conato de *agarrao*.

De uno de aquellos donjuanescos arreos surgió á la sacristía su adorable Doretea, la de la falda color tomate maduro, la de la cara como el revés de una cazuela nueva, la del cuerpo como un obús chiquitito, las de las piernas y brazos como cuatro farolas centrales de la Puerta del Sol... ¡Oh, cosa rica pardiez! Aunque tenía unos diez Agostos más que él, ¿qué importaba? Los aguacates, contra más edad cuentan, más dulces saben.

Nuestro ex joven sujeto se perniestiraba de gusto cuando, recordando X por Z todos los múltiples incidentes de la boda y sus luegos, llegaba al momento inenarrable, digno de *escupirse* en mármol— como él aseguraba— del principio de la noche de mieles. ¡Uyuyuy, recolumpio, y cómo apretaba contra su pecho aquellos 79 kilos de carnicita humana que por unos veinte duros (á cinco reales, poco más ó menos, el kilo) le habían entregado *pa él solo*. ¡Con qué descacharrante satisfacción sentía sobre su rasposa tez la humedad de los apetitosos labios de la Tea!

Naturalmente, en uno de aquellos vaivenes el leche social se desnivela y al bello suelo se desliza violentamente la pareja. Al porrazo y ante la reacción que produce la metidura de un remo en cierto cacharro de deleznable oficio, el héroe se incorpora, maldiciendo tamaño inoportunidad. Mas ¡oh desilusiones aterradoras! ¡Oh, manes del mentido jolgorio somnoliento! ¿Por qué nos recordáis felices horas de nuestra casi pútrida existencia, para de repente despojarnos de tan inefables delicias, en menos que canta un gallo? Así el señor Felicio (nosotros estamos en su cuarto, es decir, no; entramos ahora), á la luz parpadeante de una vil lamparilla, contempla irresoluto, aún bajo la

influencia de su *trópita* y no huérfano todavía de la soñada farsa, á su compañera de *fatigas*, que, inconsciente del fenómeno, le mira arrobadora, radiante de júbilo en su rugosa pellejosidad, agradecida por el reciente entusiasmo amoroso de su hombre; y cuando ella le tiende enternecida sus brazos, cual aspas de abandonado molino y entreabre su *boquera*; libre de todo



El marido.—¡Está bien; con esta son dos las veces que me echas de tu alcoba!

Ella.—Acuérdate de cuando estábamos reñidos que en una noche me echaste siete: con que en paz.

impedimento dental, él, ¡ingrato! la re podía feroz, chillando estentóreo:

—¿Qué quiere usted, tía vieja? ¡Déjenos en paz, retoño, rebadajo, repeineta! ¿Quién la llama á usted aquí, agüela?

—Pero, ¿estás loco, Felicito? —exclama almibarosa y tartaja la señá Dorotea—. ¡Si soy yo, Teita!

—¿Tú? Calla, so bruja, ¡fuera de aquí!!

A los gritos, estruendo de hierros que danzan, tablas que crujen, paredes que retumban, etc., el vecindario, con el sereno á la cabeza, acude alarmado, y tras asalto y derribo de la frágil puertecilla, presintiendo horrible tragedia, alcanzan á vislumbrar, gracias al farol del nocturno, cómo acobardada, en un rincón, atemorizada

y llorosa, se abate la señá Dorotea, apenas cubiertas sus esqueletosidades con un algo que pudo ser camisa y ahora semeja colador inservible. En pie sobre el montón que forman los restos del miserable ajuar, el señor Felicito, sintiéndose aún apolíneo y juvenil, en su también quiotesca *deshabillé*, clama colérico contra le que él juzga un faeneroso cambiazo.

—¡So pelanas, vejestorio! ¿Y es usted la que m'ha babeao los carrillos, la que m'ha abrazao, la que...! ¡La voy á estampanar contra el tabique!

La intervención activa de los heroicos vecinos, libra al vestigio de *Teita* de los furros del sonámbulo, quien á las preguntas que se le hacen, responde invariablemente y en el paroxismo de la indignación:

—¡Pero, si es que m'acabo de casar, nos acostamos y... na, hombre, qu'esa no es mi mujer, que no, que me l'han cambiao!...

José J. SANCHÍS

Laucien, Mayo 1914.

Se ha puesto á la venta la segunda edición del

Cancionero de Pastora Imperio

Precio: 10 céntimos.

EL FENÓMENO

sigue bien desde que compra gomas irrompibles de las mejores marcas que vende

La Inglesa

San Vicente, 164, Valencia.

Catálogo gratis enviando sello.

Higiene de la mujer

¡Señoras! Con la «Esmeralda» disuelta en el agua del irrigador se curan en tres días flujos blancos, amarillos, de sangre, inflamaciones de la matriz y ardores. Con su uso se rejuvenecen los órganos genitales. Probad una caja y os convencereis.

Farmacia Borrel, Puerta del Sol, 5.

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y COMPAÑIA

RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Altiros particulares de ediciones ESPAÑA (S. A.)

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas
higiénicas que vende

LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

Un consejo á las señoras

que padecen de rubicundeces, rupus, etc. Tomar todos los días un Papel Yhomar disuelto en un vaso de leche ó agua muy azucarada, y desaparecerán esos defectos que afean el cutis y teniendo constancia obtendréis una piel fina, tersa y delicada como pétalos de rosa. *Gayoso*, Madrid; *Gamlt*, Valencia, y en las principales farmacias bien surtidas.

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas Jel mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRÁFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA y EL LIBRO POPULAR.

Francisco Pastor, Postigo San Martín, 9.

OBRAS DE LUIS ESTESO

Cincuenta monólogos verdes.	1 pta.	La vida cachunda.	0,20 ptas
Alaridos eróticos.	1 "	La reata humana.	2 "
Cartas para todos.	0,50 "	Entremeses.	1 "
Quince romances en chufia.	0,50 "	Viaje cómico por España.	1 "
Monólogos picarescos.	0,50 "	Chascarrillos y epigramas.	0,50 "
Cartas amorosas.	0,50 "	Vida de Belmonte y algo más.	0,50 "
Para que rían las mujeres.	0,50 "	Joselito tiene miedo.	0,50 "
Los caminos del amor.	0,50 "	La República del Común.	0,30 "
Diálogos del teatro.	0,20 "	Malagueños y cantares.	0,20 "

OBRAS COMPLETAS: tres tomos encuadernados, 10 pesetas.

PEDIDOS A FERNANDO FE, PUERIA DEL SOL, 15, MADRID

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dollar.

Los pedidos, con su importe, diríjanse ÚNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.